

LA COPLA EN EL MEDIO RURAL: DESEO FRENTE A OPRESIÓN.

Carmen Agredano González

Yo debí, serrano, cortarme las venas
Cuando ante los ayes de una copla mía,
Pusiste en vilo mis carnes morenas
Con una palabra que no conocía ...(1)

Apenas ha amanecido y las carnes morenas de una mocita trigueña siguen en vilo, aún se estremecen evocando los versos que anoche cantaron junto a su reja, que siguen resonando en su pecho. Tararea quedo mientras rocía con agua y lágrimas el empedrado de su puerta. Ay, Elvira, qué triste tu sino. Esas manos que sueña nunca darán consuelo al ardor que la consume: él es de otra, sangre de su sangre, y la traición no oscurecerá su alma, aunque la busque cada "madrugá". El frescor de la mañana calma su desazón y sonríe a las muchachas que, en un borriquillo, pasan alegres camino de la Santanilla, ahí donde nace el río Zújar; en las aguaderas de esparto los cántaros traerán agua fresca al hogar. Adela va delante, es la moza de cántaro que ayuda en la casa, adorna con su casacabeleo el aire serrano y abraza a Soledad que se ha teñido de grana cuando uno de los segadores, nervioso, se ajustó el sombrero y la traspasó con su mirada.

Amante de abril y mayo, moreno de mi pasión,
Te llevo como a caballo sentado en mi corazón.
Me están doliendo los centros de tanto quererte a ti,
Me corre venas adentro tu amor de mayo y abril.(2)

Su corazón humilde se desboca y lo sigue hasta abrazarlo con latidos indomables. Anoche, en el paseo de la plaza, cogida del brazo de las amigas, él la rozó con sus manos atezadas, alas de colibrí que zarandearon sus centros, rodeándola en sueños, cubriendo de sudor su enfebrecida piel. No es de su condición, eso dice su padre. Qué condición más grande puede haber que ésta que me nubla el "sentío".

En el prado que rodea la fuente, algunas mujeres descargan las ropas que han de lavar, tempranito "p'a que el calor no las coja" Las han traído en un barreño de zinc, sobre un rodete de trapo que ajustan a la cabeza, tan airosas que van haciendo aspavientos con sus manos, comentando los últimos amoríos y desengaños de las mozuelas. En la batidera, junto al agua jabonosa, dejarán correr sus desencantos de mujer sometida a un designio que la oprime, anhelando caricias y palabras que no las condenen. Josefa cuenta que "su marío la busca to'as las noches y que p'a ella eso es como meao de gato, que cuando acuerdas se ha acabao, ay, por dios". Lolilla, la más vivaracha, les cuenta en voz baja que ella sabe cómo pasarlo bien en esos ratillos, y que a su Rafaé también le gusta. Las carcajadas resuenan como castañuelas de dicha; el sol las acompaña entibiando su alborozo.

Decir te quiero con la voz velada y besar otros labios dulcemente,
No es tener sed es encontrar la fuente que te brinda una boca enamorada.
Un beso así no quiere decir nada, es ceniza de amor, no es lava hirviente,
En el amor hay que estar siempre presente mañana, tarde ,noche y madrugada.
Que el cariño es más potro que cordero, más espina que flor, sol no lucero,
Perros en el corazón, candela viva, candela viva.(3)

En la barreña de olivo que su padre talló, Manuela maja su pasión con la fuerza que le da su sangre joven. Tomates de la huerta de su Antonio, los más “coloraos” p'a un gazpacho de verdad. Primero los ajos, que se queden bien “machacaítos”, los tomates y este pan ya duro tan bueno del pueblo, el aceite de sus olivos un poquito amargo, y la sal siempre la pone su madre. Se habla para acallar esos arrebatos que la enajenan a cada rato. Qué poquito tiempo los dejan a solas, con su hermana vigilando y tosiendo cada vez que se acercan un poquillo. Pero esos instantes robados le han abierto una cancela que ya no quiere cerrar, nunca la va a cerrar. Sus labios, sus manos, sus cuerpos se entrelazan serpenteando un jadeo, como un sello que tapona la hemorragia de su ardor, en breves minutos que los transforman en fieras solícitas. Marcada y candente por cada trozo de piel rozado; así quiere sentirse cada segundo, con perros en el corazón, con su candela viva.

Mi pelo negro, mi pelo, p'a que lo quiero, serrano,
Si ya no tengo el consuelo de la seda de tus manos.
Mis carnes de flor morena de qué me han de servir,
Si ya no tengo el consuelo de que no han de ser pa ti.
Y este dolor que me muerde, es una cruz de pasión,
Maldigo tus ojos verdes, ay, tus ojitos verdes,
Maldigo tu corazón.(4)

Qué silencio hay en la casa. Los hombres descansan; en las calles vacías algún galgo pasa con cadencia de letargo, el sol ha dejado las esquinas sin sombra. La siesta da tregua a los trabajos que castigan hasta el alma, pero las pasiones se avivan cuando el tiempo se detiene. Estrella ya recogió los aperos que trajeron los hermanos del campo, y se recuesta en la mecedora arrullando pensamientos que la calcinan por dentro. Acaricia su mata de pelo negro y la congoja le muerde las entrañas. Ya no lucirán las estrellas sobre los dos en la era, al cobijo de la noche; ningún lucero les avisará del alba; la luna, compañera, fulgirá para otros. Diego se casó con otra, con más dinero, menos “salá”, con la que quiso su madre. Maldigo tus ojos verdes, maldigo MI corazón.

Siesta en un pueblo cordobés.
Tres hermanos juegan, morenos de olivo,
Cabalgan sus sueños por el olivar.
Sus risas de plata adornan la tarde,
Esconden sus miedos tras el azahar,
Sus manos pequeñas acunan quimeras
Que al caer la noche parecen volar...(5)

La tarde va cayendo, ya se oye al heladero con su carrillo pregonar: al ricoooooo heladoooooo. Los niños se arremolinan empujándose felices. Las muchachas colocan sus sillas en la puerta y bordan quimeras en dos iniciales. Hoy ha tocado en la puerta de Pepita, serena y callada guarda secretos que le dibujan una sonrisa en su carita pecosa. Algunas exhiben sus labores con orgullo y el anhelo de que un día las cubrirán junto a su amado. Vainicas primorosas, punto de cruz, bodeques de finos colores que sus madres y abuelas les enseñaron. La Mary no borda, es la más pequeña y, sobre su sillita de enea la almohada dobladita, con el cañamazo que su madre le ajustó y con unos cuantos de puntos; por eso no le preparó una sábana, ya sabe que no es tan hacendosa como las otras chicas, azogada y vivaz, no tiene paciencia. Ella prefiere hacer teatrillos y cantar bailando, con miles de pájaros revoloteando siempre en su cabeza soñadora. La aguja se oxidó apuntada sobre la cenefa de la almohada que nunca terminó. Y entona con voz melosa subida sobre el umbral:

Como lamentos del alma mía
Son mis suspiros, válgame dios,
Fieles testigos de la agonía

Que va quemando mi corazón ...(6)

Qué frescor junto al pozo, da gusto sacar agua y que te salpique los brazos cansados de tanto faenar. Ya sólo quedan los rosales de mi madre, tan bonitos, sobre todo el de pitiminí amarillo. Sus macetas y sus rosales, con qué mimo los cuida. Mi padre alguno le arrancó p'a sembrar olivos en el corralón, hasta lloró escondida en la enramadilla p'a que él no la viera. Si son su alegría, tanto olivo p'a qué. Amadora aligera su briega, ya es la hora de subir a la plaza, a pasear, a ser admirada por los mocitos. Algún requiebro agradecerá con su sonrisa. Con la bata que le arregló su madrina Rosario, de florecillas rojas, luce orgullosa su cuerpo de hembra serrana. Es altiva pero su corazón se hace catedral para acoger la sonrisa de Carmelo, tan cohibido, tan trabajador, tan bueno. Sabe que no lo quieren en su casa, sólo porque es un poco más pobre que ellos, porque no tiene padre "reconoció" aunque todos saben quién es: un hijo más de ese señorito que a tantas sirvientas desgració.

Córdoba palpita de tanto querer
Y hasta la mezquita suspira de noche
como una mujer...(7)

Isabel trenza su pelo acariciando cada mechón, pronto se sentará junto a las rejas, temblorosa y ufana. Su Manuel viene cada noche, desde que su padre le dio permiso no ha "faltao" ni una. El le cuenta su día en la huerta y siempre le trae algún regalillo: un melón de la casta de los Pazos, tan dulce, o algún racimo de uvas de cojón de gallo, moradas y grandes. Qué largo se hace el día, recreando el instante en que ella se pierde en sus vientos ¡Con un cuchillito de luna lunera cortaría esos hierros!

Cuando sale la luna, cuando sale la luna,
Cuando sale la luna, mamita mía,
mi amor me espera, mi amor me espera.
Entre jaras y olivos, entre jaras y olivos,
entre jaras y olivos, mamita mía,
La luna llena, mi vida entera. (8)

Carmela apenas ha cenado. Ha "quitao" la mesa y ha fregado con premura los platos y vasos. Menos mal que el agua refresca un poco sus ansias. Ahora preparará la merienda de su padre y hermanos que con el alba parten a la siega. Un trozo de tortilla, uno de lomo de orza y pan con mucho migajón para su amado padre, en la hortera de aluminio reluciente de desvelos. Desde que murió su madre cuida de ellos con la devoción que ella le pidió. Lo hace con todo el cariño que también le dan, la única mujer en una casa de tantos hombres. Qué fatigas p'a lavar tantas chambras y calzones, acarreando agua, tendiendo en el prado, y a planchar después con la plancha de hierro que tanto pesa. ¡Así tiene esos brazos tan torneados! Y blancos, nunca se olvida de ponerse los manguitos y el sombrero, que el sol no tueste la blancura que heredó de su madre. En el patio ha puesto la jofaina para asearse; a la luz de la luna su piel reluce de deseo. Pronto el hogar dormirá acunado por el ronroneo de Maruja, la gatita. Se ajusta las alpargatas y por la puerta falsa volará al olivar. No tiene ley que la ampare, pero se alimenta a escondidas de sus besos y de esa locura bendita que la renueva cada noche. Es cautiva de un hombre y no va a renunciar a sus abrazos de sol y luna, de fuego y lluvia, de río y cielo.

Con la luna, luna, subo a la azotea,
Bailo con el viento, sueño que él me espera.
En la noche oscura miro las estrellas,
Y me siento libre y vuelan mis penas. (9)

Yo soy todas esas mujeres. No hay día en que no las recuerde, con sus risas y coplas, con sus penas y lamentos. Nosotras y nosotros somos las mujeres arrojadas y soñadoras que regaron nuestros campos con llanto de opresión y con el sudor de sus deseos. Por ellas.

Notas:

1, 2, 3, 7, letras de Rafael de León y Arias de Saavedra.

4, letra de Antonio Gallardo Molina

5, 8, 9, letras de Carmen Agredano González.

7, letra de Alejandro Cintas Sarmiento.